

nación ardiente y apasionada pugñase por buscar horizontes ficticios, para gozar a solas ante el gran panorama de la naturaleza, de los bellos trasportes del ensueño.

Y así, ante la inmovilidad estática de los paisajes, en muda contemplación de la naturaleza exuberante y lujuriosa, se iniciaba, la disociación desesperada, entre su agresividad mental y su sentimentalismo dócil a todas las emociones y a todas las amarguras.

Y fué en esa lucha de cerebro y corazón, en la borrasca fluctuante e indecisa, entre el sentimentalismo medroso y su mentalidad agresiva, que supo erguirse ante el dolor del alma, para interrogar a los fantasmas de sus penas que le cerraban en silencio los horizontes de una vida que él quiso libre y feliz, de armonía y de amor.

Y fué allí, en esa soledad, ante esa floración de vida y esparcimiento, donde más de una vez, a la caída de la tarde primaveral, cuando en postreras palpitaciones, el sol se sepultaba en apoteosis de colores, sus nervios agujonearon sus carnes adolescentes, y el instinto le dijo extrañas sinfonías.

* * *

..... Y así, entre irritado y caviloso, iba camino del hogar modesto, a buscar la compañía de sus inseparables, de sus amigos y consejeros, alineados sobre su armario como mudas interrogaciones.

Ellos, como brújulas de sus reflexiones, habían encausado la tristeza de su vida agresiva y meditadora.

Ellos, habían fortalecido sus pasiones, sus ansias, sus anhelos. Refuerzos cariñosos de sus ideas, templaron el resorte formidable de su voluntad y lanzaron al rebelde contra las trincheras inexpugnables del error ambicioso de heroicidades y de éxodos.

Y entonces fundó su periódico de batalla. Y su prosa agresiva y viru-

lenta, vibraba como un grito de orgullo altanero y osado, con todo el estremecimiento de sus pasiones, con las confusas borrascas de su alma visionaria.

* * *

Convaleciente el país de una convulsión revolucionaria, la vida nacional parecía normalizarse a la sombra del caudillo que las aberraciones populares aclamaban como libertador.

Y el acaparador de los afectos inconscientes del populacho había escalado el poder sobre los cuerpos mutilados de tres mil infelices, proclamando una restauración que no fué sino la sucesión de las desvergüenzas y rapacidades de la horda agresiva derribada.

Un gesto de violencia descendía desde las alturas gubernamentales. Y los viles subterfugios de un tinte rillo tartufo eran el arma esgrimida para castigar la osadía de los escritores que hicieron vibrar su verbo de ruda, de atacadora altanería.

Y ese regenerador convirtió al país en una leprosería. Frailes y monjes, comopústulas malignas, iban llevando por doquier el contagio malsano de un fanatismo enfermizo, poblando la sombría soledad de las almas con los fantasmas de la fe dogmática.

Mateo Fiacrán midió su pequeñez ante el multiforme enemigo y vió a los pueblos como esclavos impasibles, en brazos de la inercia, ser pasto de la rapacidad y juguetes de los sórdidos apetitos de la sotana altanera y audaz.

Vió esa sotana erguida como un trapo ruin, chorreando lujuria y sangre, presidir las agonías, la muerte moral de ese pueblo atado al carro de un caudillo que era un monaguillo con gorro frigio, un cerebro de juglar con alma de inquisidor.

Y pensó que donde hay pueblos de rodillas hay almas serviles y abyectas.